

IV LA GUERRA DE ESPAÑA

DIARIO DE ESPAÑA

[Agosto de 1936]

[La rebelión franquista contra el gobierno del Frente Popular español estalló el 17 de julio. Simone Weil sintió la obligación moral de alinearse al lado de los republicanos, no porque hubiera renunciado en absoluto a su pacifismo, sino en virtud de la idea que se hacía del significado y lo que estaba en juego en el conflicto. En una carta escrita después de la aparición de Los grandes cementerios bajo la luna (1938), explica muy claramente sus motivos a Bernanos: «No me gusta la guerra, pero lo que siempre me ha horrorizado más de la guerra es la situación de quienes se encuentran en retaguardia. Cuando he comprendido que, a pesar de mis esfuerzos, no podía evitar participar moralmente en esta guerra, es decir, desear todos los días, a todas horas, la victoria de unos, la derrota de otros, me he dicho que París era para mí la retaguardia, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme».

Se unió a un pequeño grupo internacional de veintidós hombres, integrado en la columna anarquista de Durruti. Se dirigió primero a Barcelona, antes de pasar al frente de Aragón. En Cataluña, y parcialmente en Aragón, los anarquistas animaban entonces una revolución colectivista (tierra, comercio, industria, transporte).

La estancia de Simone Weil comenzó el 10 de agosto y finalizó el 25 de septiembre a consecuencia de una quemadura accidental sobrevenida en un campamento de su unidad.

Las notas del «Diario de España» figuran en un cuaderno de molesquín. Quedan de él treinta y cuatro hojas (muchas fueron arrancadas). Las «Primeras impresiones de la guerra civil» están escritas en una hoja suelta al comienzo del cuaderno. Las diversas indicaciones de lugar

(Port-Bou, Barcelona, Lérida), «Columna Durruti. Viernes 14. Sábado 15», están escritas en la parte superior de páginas que quedaron vacías. Seis páginas en blanco preceden a la continuación fechada el 5 de septiembre. Después, seis páginas en blanco antes de las notas sobre «la Marítima» e «Hispano». Luego, veinticuatro páginas en blanco antes de la anotación sobre «Solidaridad Obrera». Dos páginas más allá se encuentran algunas notas de gramática española.]

*P o r t -
B o u
Barcelona*

Primeras impresiones de la guerra civil:

Difícilmente se puede creer que Barcelona sea la capital de una región en plena guerra civil. Cuando se ha conocido Barcelona en tiempo de paz y se llega a la estación, no se tiene la impresión de un cambio. Las formalidades se han realizado en Port-Bou; se sale de la estación de Barcelona como un turista cualquiera, se deambula a lo largo de esas calles felices. Los cafés están abiertos, aunque menos frecuentados que de costumbre; las tiendas también. La moneda sigue desempeñando el mismo papel. Si no hubiera tan pocos policías y tantos muchachos con fusiles, no se notaría nada en absoluto. Se necesita cierto tiempo para darse cuenta de que se trata de la revolución y de que se está viviendo aquí uno de esos períodos históricos sobre los que se lee en los libros, y que han hecho soñar desde la infancia: 1792, 1871, 1917. Ojalá pueda tener efectos más felices.

Efectivamente, nada ha cambiado, salvo un pequeño detalle: el poder está en manos del pueblo. Los hombres vestidos con mono tienen el mando. Estamos actualmente en uno de esos períodos extraordinarios que hasta ahora no han perdurado, en los que aquellos que siempre han obedecido asumen responsabilidades. Esto no se produce sin inconvenientes, por supuesto. Cuando se da a muchachos de diecisiete años fusiles cargados en medio de una población desarmada...

Lérida
Mil. com. reg.³¹⁶ CNT — 5 obre[ros] construcción] — com. lib.³¹⁷
«no en seguida, en uno o dos meses».

*Columna Durruti
Viernes 14 [agosto]
Sábado 15*

Conversación con los campesinos de Pina: ¿Están todos de acuerdo en cultivar juntos? 1.^a respuesta (en varias ocasiones): se hará lo que diga el comité.

Viejo: Sí — a condición de que se le dé todo lo que le falta — que no esté todo el tiempo pringado, como ahora, para pagar al carpintero, al médico...

Otro: Habrá que ver cómo va todo...

¿Prefieren cultivar juntos que repartir? — Sí (no muy categórico).

¿Cómo vivían? — Trabajar día y noche, y comer muy mal. La mayoría no sabe leer. Los niños van a trabajar. Una niña de catorce años que trabaja desde hace dos, hace la colada (lo cuentan con risas). Ganan 20 pts. al mes (una chica de veinte años), 17, 16... Van descalzos.

Ricos propietarios de Zaragoza.

El cura. — No tenían nada para dar limosna, pero daban aves de corral al cura. — ¿Querido? — Sí, por muchos. — ¿Por qué? No hay respuesta clara.

Los que hablaban con nosotros no habían ido nunca a misa. (De toda edad...) ¿Si había mucho odio contra los ricos?

—Sí, pero todavía más entre pobres.

Ese estado de cosas ¿no puede dificultar el trabajo en común?

—No, puesto que ya no habrá desigualdad.

¿Trabajarán todos lo mismo? — El que no trabaje lo suficiente deberá ser obligado. Sólo los que trabajen comerán.

¿Es mejor la vida de la ciudad que la del campo?

—Dos veces mejor. Trabajan menos. Mejor vestidos, distracciones, etc. Obreros de la ciudad más al corriente de las cosas... uno de ellos que fue a trabajar a la ciudad volvió después de tres meses con costumbres nuevas.

¿Envidian a la ciudad? — No se preocupan de eso...

Servicio militar: un año. No piensan más que en volver a su casa. — ¿Por qué? — Comen mal. Fatiga. Disciplina. Golpes (si se respondía, te fusilaban). Golpes con la mano, con la culata del fusil, etc. Los ricos lo hacen en otras condiciones.

¿Hay que suprimirlo? — Sí, sería mejor.

Los que estaban a favor del cura no han cambiado de opinión, pero se callan.

Régimen: pagan renta al propietario.

A muchos los echan porque no pueden pagar renta. Deben hacerse obreros agrícolas por dos pesetas al día.

Sentimiento de inferioridad bastante vivo.

Domingo 16 [agosto] Durruti en Pina (Guardia civil — guardias de asalto — campesinos.) Sevillano.

Discurso de Durruti a los campesinos: soy un trabajador. Cuando todo haya terminado, iré a trabajar a la fábrica.

Durruti en Osera

Órdenes: no comer ni dormir con los campesinos. Obedecer al «técnico militar». Discusión violenta.

Organización: delegados elegidos. Sin competencia. Sin autoridad. No hacen respetar la autoridad del técnico militar.

Campesino que se queja al tipo de Oran (Marquet) de que los centinelas se duermen.

Vuelta al CG

Camarada escapado de Zaragoza. Prop[uesta] de expedición. Sevillano³¹⁸. El que quiere quedarse con su amigo. El que quiere devolver las armas.

300 hombres no armados enviados de Lérida. Cinco cañones «prestados» a la columna de Huesca (es decir, enviados desde Lérida con consentimiento de Durruti). García Oliver³¹⁹ marcha en avión a Valencia. Oficial desaparecido. Coordinación telegrafistas-telefonistas.

A[yudas] anunciadas: 2.000 h. armados, esc[cuadrón] de caballería, 2 [i?] baterías de 15, 2 tanques de montaña.

Conversación telef. Durruti-Santillán. Toma de Quinto supondría 1.200 h. (<?) sin cañones. Con cañones se puede llegar a las puertas de Zaragoza.

Muy enérgico: Se puede bombardear Zaragoza.

[V[ie]jo: «Sí, señor...».]

Lunes 17 [agosto]

Se traslada el CG a la casa de campesinos frente a la que hay tanto trigo (¡vaya traslado!) Por la mañana, coche para Pina. Los dos novios que se besuquean al volante. Encontrado el grupo instalado en la escuela. Magnífico. (Manuales patrióticos.) (También está allí el hospital.) Se come en casa de los mismos campesinos (el 18). Se me da un fusil; bonito mosquetón. Por la tarde, bombardeo disperso. Escribo a Boris: «No se ha oído todavía un disparo de fusil». (Cierto, salvo ejercicio de tiro...) Pronto ¡boum!... estruendo terrible. «La aviación bombardea». Salimos con los fusiles. Orden: al maíz. Tumbados. Me tumbo en pleno barro para disparar al aire. Al cabo de unos minutos, nos levantamos. Aviones demasiado altos para disparar. Salva de balas de la mitad de los españoles. Uno tira horizontalmente hacia el río. (¿Algunos disparan con revólver?) Se va a buscar la bomba. Minúscula. Daños en 1/2 m de radio. No me he emocionado en absoluto.

Todavía campesinos ociosos en el lugar, pero muchos menos.

Louis Berthoumieu (delegado): «Pasaremos el río». Se trata de ir a

quemar tres cadáveres enemigos. Se pasa en barca (un cuarto de h. de discusiones...). Se busca. — Un cadáver de azul, devorado, horrible. Se lo quema. Los otros buscan lo que queda. Nosotros descansamos. Se habla de golpe de mano. Se deja que el grueso de la tropa pase de nuevo. Después se decide (<?) aplazar el golpe de mano para el día siguiente. Volvemos hacia el río, sin escondernos mucho. Vemos una casa. Pascual (del comité de guerra): «Vamos a buscar melones». (¡Con mucha seriedad!) se va por la maleza. Calor, un poco de angustia. Esto me parece idiota. De golpe, comprendo que vamos de expedición (a la casa). Allí, estoy *muy* emocionada (ignoro la utilidad de aquello y sé que si nos cogen nos fusilan). Nos repartimos en dos grupos. Delegado, Ridel y tres alemanes se arrastran hasta la casa. Nosotros en los fosos (después, el delegado nos echa una bronca: habríamos debido ir hasta la casa). Esperamos. Se oye hablar... Tensión agotadora. Vemos a los compañeros volver sin esconderse, nos reunimos con ellos, volvemos a atravesar el río tranquilamente. La falsa maniobra habría podido costarles la vida. Pascual es el responsable. (Carpentier, Giral con nosotros.)

Nos acostamos en la paja (dos botas en un rincón, y buena manta). El enfermero que quiere que se apague la luz recibe una bronca.

Esta expedición es la primera y la *única vez* que he tenido miedo durante esta estancia en Pina.

Martes 18 [agosto]

Montones de proyectos para el otro lado del río. Hacia el final de la mañana, se decide pasar allí en mitad de la noche, nosotros, el «grupo», para estar algunos días hasta la llegada de la columna de Sastano. El día se va en gestiones. Cuestión angustiosa: la de los fusiles ametralladores. El comité de guerra de Pina los rechaza. A fin de cuentas, gracias al coronel italiano jefe de la «Banda Negra»³²⁰ nos las arreglamos para tener uno — después dos. No se prueban.

Es el coronel el primero que nos ha propuesto ir allí, pero a fin de cuentas, misión oficial del comité de guerra de Pina.

Voluntarios, por supuesto. La víspera por la noche, Berthoumieu nos ha reunido el 18, preguntó nuestra opinión. Silencio completo. Insiste para que cada uno diga lo que piensa. Sigue el silencio. Después Ridel: «Bien, todos estamos de acuerdo». Y eso es todo.

Nos acostamos. Enfermero que quiere apagar... Me acuesto vestida. Apenas duermo. Nos levantamos a las 2 y media. Todo listo. Emoción: las gafas. Compartimos las cargas (yo: mapa, un barreño). Orden. Caminamos sin hablar. Un poco emocionada. Travesía en dos veces. En cuanto a nosotros, Louis se pone nervioso, grita (si están allí...). Llegamos. Esperamos. Empieza a amanecer. El alemán va a hacer café. Louis descubre la choza, hace llevar los bártulos, me manda allí. Me

quedo allí un poco, después voy a tomar café. Louis ha instalado las guardias. Se trabaja en seguida para preparar la cocina y la choza, en levantar barricadas para no ser vistos. Durante ese tiempo, los otros van a la casa. Encuentran allí a una familia, y a un chavalito de 17 años (¡guapo!). Informaciones: nos habían visto, en el otro reconocimiento. Habían guardado la orilla. Retirados los guardias al llegar nosotros. 112 h[ombres]. El teniente ha jurado cogernos. Vuelven. Traduzco la información a los alemanes. Pregunta: «¿Volvemos a atravesar el río?

— No, nos quedamos, por supuesto». (¿Ir a Pina a telefonar a Durruti?)

Orden: volver a traer a la familia de campesinos. (Mientras tanto, el

compañero alemán nombrado cocinero protesta porque no hay ni sal,

ni aceite, ni legumbres.) Berthoumieu, furioso (es peligroso volver una

vez más a la casa), reúne a la expedición. Me dice: «¡Tú, a la cocina!».

No me atrevo a protestar. Por otra parte, esta expedición no me va

más que a medias... Los miro partir con angustia... (en el fondo, por

otra parte, yo estoy casi en el mismo peligro). Cogemos los fusiles,

esperamos. Pronto el alemán propone ir a la pequeña trinchera bajo

el árbol ocupado por Ridel y Carpentier (van con la expedición, por

supuesto). Nos acostamos allí, a la sombra, con los fusiles (no carga

dos). Esperamos. De vez en cuando, el alemán deja escapar un suspiro.

Tiene miedo, visiblemente. Yo no. Pero ¡qué intensamente existe todo

a mi alrededor! Guerra sin prisioneros. Al que se coge, se le fusila.

Vuelven los compañeros. Un campesino, su hijo y el chaval...

Fontana

levanta el puño mirando a los chicos. El hijo responde visiblemente de

mala gana. Coacción cruel... El campesino vuelve a buscar a su familia.

Volvemos a nuestros lugares respectivos. Reconocimiento aéreo.

Nos

escondemos. Louis vocifera contra las imprudencias. Me tumbo sobre

la espalda, miro las hojas, el cielo azul. Un día muy bello. Si me cogen,

me matarán... pero es merecido. Los nuestros han derramado mucha

sangre. Soy moralmente cómplice. Calma completa. Nos

reagrupamos

— después, vuelta a empezar. Me escondo en la choza. Bombardeo.

Salgo para ir hacia el fusil ametrallador. Louis dice: «No hay que tener

miedo (¡!)». Me hace ir con el alemán a la cocina, con los fusiles al

hombro. Esperamos. Finalmente llega la familia del campesino (tres

chicas, un niño de ocho años), todos espantados (el bombardeo no

es pequeño). Se calman un poco. Muy asustados. Preocupados por el

ganado dejado en la granja (se acabará por devolverlos a Pina).

Eviden-
temente no simpatizantes.

[Sitges]
5 sept.

Vuelta brusca de los milicianos de Mallorca. Sólo en Sitges, diez muertos. (No se sabía.) Expedición de castigo, por la noche, en coche,

para matar a diez «fascistas». Se hace otro tanto la noche siguiente. La gente se escapa (el panadero que provee al hotel...).

Historias de C: Lérida. Columna de García Oliver, *a pesar de* la CNT de Lérida, quema la catedral (llena de valores, de oro, de tesoros artísticos) y mata a veinte personas en la cárcel, donde entran por la fuerza.

Enfermero de la columna del POUM (estudiante de medicina). Hace volver en coche a Lérida a un herido con la pierna gangrenada. Pretende (falsamente) que no hay lugar en Lérida, y da orden al chófer de continuar a [<:]. A seis kilómetros de Lérida, avería. El enfermero vuelve a Lérida llevando la «documentación», abandonando el coche en la carretera. Chófer italiano, no sabe español. [Españoles] a punto de hacerle pasar un mal rato, cuando por casualidad pasa un camión del POUM. Enfermero, ocho días de prisión.

Avión de bombardeo abandonado por avión de caza que lo acompañaba (ametralladoras encasquilladas)...

Villafranca (cerca de Sitges)

Berthollet me había dicho que allí imperaba el anarquismo libertario. En realidad, no se ha suprimido la moneda, ni por un día. Ni se han colectivizado los campos. Los campesinos (*rabassaires*³²¹) no pagan la renta [...], eso es todo. Se colectivizará de aquí al año que viene (¿?). Una tienda grande cuyo patrón ha sido fusilado. ¿Colectivizada? «Se está en ello.» Montones de pequeñas fábricas (de ocho a diez obreros), mecánica, etc. Los patronos trabajan en ellas como obreros. Colectivizadas o cooperativas (¿diferencia?) El Comité del Frente Popular (CNT, POUM, Esquerra) les ha pedido y pagado un camión blindado. Recursos: impuesto de guerra, cuentas bancarias de los reaccionarios. «No se ha matado a los reaccionarios, se les hace pagar». La Esquerra y la Lliga tenían casi la misma fuerza. «¿Qué se ha hecho con los militantes de la Lliga? — Nada, se han afiliado a la CNT» (¡ü!) (Eran los pequeños patronos convertidos en obreros.) Se han realizado una treintena de ejecuciones: el cura y los grandes propietarios. «¿Fascistas? — No, fascistas de hecho», es decir, cabrones.

Carpentier, Ridel (Siétamo)

Roanna³²². Es él quien ha matado a B³²³ (¡buen trabajo!). 50 h(ombres) en Lérida (el primer día) (¿?). En Siétamo, llega chófer de tanque con doce horas de retraso, que no quería avanzar y por su culpa ha sido herido un compañero.

Santillán quería matar a los soldados prisioneros. Louis le dice que si los fusila, se le fusilará después. Se mantiene tranquilo.

Antes, todavía en Pina — españoles del grupo internacional han participado en una ejecución en Pina (el notario, vuelto de nuevo). Se

habla de expulsarlos del grupo. Louis furioso. Se decide que el grupo no participará en expediciones.

La «Marítima»

9 delegados, 4 permanentes. 5 hacen media jornada de obreros. Salarios de obreros.

17 a 19 pesetas. 40 horas + 16 horas gratuitas. Contribución voluntaria de 12 pesetas. CNT al 98%.

Bombas, etc. — Locomotoras.

Capital español y alemán. Director se ha llevado la pasta (12 millones).

Dibujos artísticos, encontrados en los archivos. Obreros que han trabajado en fábricas de municiones en Francia.

Primas suprimidas, «Se trabaja más».

Hispano

(Fusilado director, 4 obreros.)

Condiciones morales muy malas.

Comité ejecutivo de 8 miembros (6 obreros, 2 de oficinas) más un presidente (oficinas). Estos 8 se han apoderado de la fábrica, se hace venir a los obreros, se nombran ellos mismos. Se han sometido a votación.

Jefes subalternos conservados. Algunos cambiados solamente esta semana (incapacidad).

Comité de técnicos. Al principio, 3 jefes de taller. Después más. Sugerencias recibidas por vía jerárquica.

Carros blindados improvisados. Después, perfeccionados poco a poco.

(Horas de trabajo: de 9 a 12, de 2 a 5.)

Disciplina — despidos de elementos malos (malos camaradas). Amonestaciones a los obreros indisciplinados. Multas por retrasos. No hay defectos.

Primas suprimidas. «Se trabaja más».

So/z³²⁴ del viernes... Resolver la crisis *bajando los costes de producción*. Medios de bajarlos. Recursos naturales de España no explotados. Pequeñas empresas. Intercambios.

Minas potasa

No trabajan, pero se les paga. ¿Por qué no trabajan? Debido al trust de la potasa, por el que hay que pasar.

«A partes iguales: intercambios con los campesinos aceite-gasolina (en pesetas, c[ampesinos] reciben la mitad de lo que dan)».

CARTA A GEORGES BERNANOS

[¿1938?]

Estimado señor:

Por ridículo que sea escribir a un escritor, que está siempre, por la naturaleza de su oficio, inundado de cartas, no puedo resistirme a hacerlo después de haber leído *Los grandes cementerios bajo la luna*. No es la primera vez que un libro suyo me afecta; el *Diario de un cura rural* es a mis ojos el más hermoso, al menos de los que he leído, y ciertamente un gran libro. Pero aunque me hayan podido gustar otros libros suyos, no tenía ninguna razón para importunarle escribiéndole. En cuanto a este último es otra cosa; he tenido una experiencia que responde a la suya, aunque mucho más breve, menos profunda, situada en otro lugar y vivida, en apariencia —solamente en apariencia— en un espíritu muy distinto.

Yo no soy católica, aunque —lo que voy a decir parecerá presuntuoso a cualquier católico, dicho por un no católico, pero no me puedo expresar de otra manera— nada católico, nada cristiano me haya parecido nunca ajeno. A veces me he dicho que si se fijara a las puertas de las iglesias un cartel diciendo que se prohíbe la entrada a cualquiera que disfrute de una renta superior a tal o cual suma, poco elevada, yo me convertiría inmediatamente. Desde la infancia, mis simpatías se han dirigido hacia los grupos que se identificaban con las capas despreciadas de la jerarquía social, hasta que he tomado conciencia de que tales grupos son de una naturaleza que hace extinguirse cualquier simpatía. El último que me había inspirado alguna confianza era la CNT española. Había viajado un poco por España antes de la guerra civil; muy poco, pero lo suficiente para sentir el amor que es difícil no experimentar hacia ese

pueblo; yo había visto en el movimiento anarquista la expresión natural de sus grandezas y sus defectos, de sus aspiraciones más legítimas y de las menos legítimas. La CNT, la FAI eran una mezcla asombrosa, donde se admitía a cualquiera, y donde, en consecuencia, se podría encontrar inmoralidad, cinismo, fanatismo, crueldad, pero también amor, espíritu de fraternidad y, sobre todo, la reivindicación del honor tan hermosa entre los hombres humillados; me parecía que aquellos que iban allí animados por un ideal prevalecían sobre aquellos a los que impulsaba la violencia y el desorden. En julio de 1936 yo estaba en París. No me gusta la guerra, pero lo que siempre me ha provocado más horror que la guerra es la situación de los que se encuentran en retaguardia. Cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos, no podía dejar de participar moralmente en esa guerra, es decir, desear todos los días, a todas horas, la victoria de unos y la derrota de los otros, me dije que París era para mí la retaguardia, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme. Era a principios de agosto de 1936.

Un accidente me hizo abreviar forzosamente mi estancia en España. Estuve algunos días en Barcelona, después en pleno campo aragonés, junto al Ebro, a una quincena de kilómetros de Zaragoza, en el mismo lugar en que recientemente las tropas de Yagüe han pasado el Ebro. Después en el palacio de Sitges transformado en hospital; después nuevamente en Barcelona; en total, aproximadamente dos meses. Dejé España a mi pesar y con la intención de regresar; más tarde, voluntariamente no he hecho nada. No sentía ya ninguna necesidad interior de participar en una guerra que no era ya, como me había parecido al principio, una guerra de campesinos hambrientos contra propietarios terratenientes y un clero cómplice de los propietarios, sino una guerra entre Rusia, Alemania e Italia.

He conocido ese olor de guerra civil, de sangre y de terror que desprende su libro; lo había respirado. No he visto ni oído nada, debo decirlo, que alcance la ignominia de algunas historias que usted cuenta, esos asesinatos de viejos campesinos, esos *ballilas*³²⁵ haciendo correr a los viejos a golpes de garrote. Sin embargo, lo que oí bastaba. Estuve a punto de asistir a la ejecución de un sacerdote; durante los minutos de espera, me preguntaba si simplemente iba a mirar o haría que me fusilaran al tratar de intervenir; todavía no sé qué habría hecho si una feliz casualidad no hubiera impedido la ejecución.

Cuántas historias se agolpan bajo mi pluma... Pero sería demasiado largo; ¿y para qué? Una sola bastará. Estaba en Sitges cuando llegaron, vencidos, los milicianos de la expedición de Mallorca. Habían sido diezmados. De cuarenta muchachos jóvenes que habían salido de Sitges, habían muerto nueve. Sólo se supo a la vuelta de los otros treinta y uno. La misma noche siguiente se hicieron nueve expediciones punitivas, se

mató a nueve fascistas, o supuestamente tales, en esta pequeña ciudad donde, en julio, no había pasado nada. Entre esos nueve, un panadero de unos treinta años, cuyo crimen era, me dijeron, haber pertenecido a la milicia de los «somatén»; su anciano padre, del que era hijo único y el único sostén, se volvió loco. Otra: en Aragón, un pequeño grupo internacional de veintidós milicianos de todos los países cogió, después de una escaramuza, a un joven de quince años que combatía como falangista. Nada más ser cogido, temblando por haber visto cómo morían sus camaradas junto a él, dijo que se le había enrolado a la fuerza. Se le registró, se le encontró una medalla de la Virgen y un carné de falangista. Se le envió a Durruti, jefe de la columna, que tras haberle expuesto durante una hora las bellezas del ideal anarquista le dio la elección entre morir y enrolarse inmediatamente en las filas de aquellos que lo habían hecho prisionero, contra sus camaradas de la víspera. Durruti dio al muchacho veinticuatro horas de reflexión; al cabo de veinticuatro horas, el chico dijo no y fue fusilado. Durruti era, sin embargo, en algunos aspectos, un hombre admirable. La muerte de este joven héroe no ha dejado nunca de pesar sobre mi conciencia, aunque no lo haya sabido sino después. Y esto otro: en una aldea que rojos y blancos habían tomado, perdido, retomado, vuelto a perder, no sé cuántas veces, los milicianos rojos, habiéndola vuelto a tomar definitivamente, encontraron en las cuevas un puñado de seres despavoridos, aterrorizados y hambrientos, entre ellos tres o cuatro jóvenes. Razonaron así: si estos jóvenes, en lugar de venirse con nosotros la última vez que nos hemos retirado, han permanecido aquí y han esperado a los fascistas, es que son fascistas. Por lo tanto, los fusilaron inmediatamente, después dieron de comer a los demás y se creyeron muy humanos. Una última historia, ésta de la retaguardia: dos anarquistas me contaron una vez cómo, con otros camaradas, habían cogido a dos sacerdotes; a uno se le mató en el sitio, en presencia del otro, de un disparo de revólver; después se dijo al otro que podía marcharse. Cuando estaba a veinte pasos, se le abatió. El que me contaba la historia se asombró mucho de no verme reír.

En Barcelona se mataba como media, en forma de expediciones punitivas, a una cincuentena de hombres por noche. Proporcionalmente, era mucho menos que en Mallorca, puesto que Barcelona es una ciudad de casi un millón de habitantes; por otra parte, se desarrolló allí durante tres días una sangrienta batalla callejera. Pero tal vez las cifras no sean lo esencial en semejante materia. Lo esencial es la actitud con respecto al hecho de matar a alguien. Ni entre los españoles, ni siquiera entre los franceses llegados, sea para combatir, sea para darse un paseo —estos últimos con mucha frecuencia intelectuales blandos e inofensivos—, he visto nunca expresar, ni siquiera en la intimidad,

la repulsión, el desagrado ni tan sólo la desaprobación por la sangre vertida inútilmente. Usted habla de miedo. Sí, el miedo ha tenido una parte en esas matanzas; pero allí donde yo estaba no he visto la parte que usted le atribuye. Hombres aparentemente valientes —de uno de ellos, al menos, he constatado personalmente su valor— contaban con una sonrisa fraternal, en medio de una comida llena de camaradería, cómo habían matado a sacerdotes o a «fascistas», término muy amplio. En cuanto a mí, tuve el sentimiento de que, cuando las autoridades temporales y espirituales han puesto una categoría de seres humanos fuera de aquellos cuya vida tiene un precio, no hay nada más natural para el hombre que matar. Cuando se sabe que es posible matar sin arriesgarse a un castigo ni reprobación, se mata; o al menos se rodea de sonrisas alentadoras a aquellos que matan. Si por casualidad se experimenta primero cierto desagrado, se calla y pronto se lo sofoca por miedo a parecer que se carece de virilidad. Hay ahí una incitación, una ebriedad a la que es imposible resistirse sin una fuerza de ánimo que me parece excepcional, puesto que no la he encontrado en ninguna parte. He encontrado en cambio franceses pacíficos, que hasta ese momento yo no despreciaba, a los que no se les habría ocurrido ir por sí mismos a matar, pero que se sumergían en esa atmósfera impregnada de sangre con un visible placer. Nunca podré sentir por ellos, en el futuro, ninguna estima.

Una atmósfera así borra pronto el objetivo mismo de la lucha. Pues no se puede formular el objetivo más que reconduciéndolo al bien público, al bien de los hombres, y los hombres tienen un valor nulo. En un país en que los pobres son, en su gran mayoría, campesinos, el mayor bienestar de los campesinos debe ser un objetivo esencial para todo grupo de extrema izquierda; y esta guerra fue tal vez, ante todo, al principio, una guerra por y contra la repartición de tierras. Y bien, esos míseros y magníficos campesinos de Aragón, tan dignos bajo las humillaciones, no eran para los milicianos siquiera un objeto de curiosidad. Sin insolencias, sin injurias, sin brutalidad —al menos yo no vi nada de eso, y sé que robo y violación eran merecedores, en las columnas anarquistas, de pena de muerte— un abismo separaba a los hombres armados de la población desarmada, un abismo semejante al que separa a los pobres y a los ricos. Se sentía en la actitud siempre algo humilde, sumisa, temerosa de unos, en la soltura, la desenvoltura, la condescendencia de los otros.

Se parte como voluntario, con ideas de sacrificio, y se cae en una guerra que se parece a una guerra de mercenarios, con muchas crueldades de más y el sentido del respeto debido al enemigo de menos.

Podría prolongar indefinidamente estas reflexiones, pero debo limitarme. Desde que estuve en España, oigo, leo todo tipo de con-

sideraciones sobre España, y no puedo citar a nadie, aparte de usted, que se haya sumergido, que yo sepa, en la atmósfera de la guerra española y lo haya resistido. Usted es monárquico, discípulo de Drumont: ¿qué me importa? Usted me es más cercano, sin comparación, que mis camaradas de las milicias de Aragón, esos camaradas a los que, sin embargo, yo amaba.

Lo que dice del nacionalismo, de la guerra, de la política exterior francesa después de la guerra me ha llegado igualmente al corazón. Yo tenía diez años cuando el tratado de Versalles. Hasta entonces había sido patriota con toda la exaltación de los niños en período de guerra. La voluntad de humillar al enemigo vencido, que se desbordó por todas partes en ese momento (y en los años que siguieron) de una manera tan repugnante, me curó de una vez por todas de ese patriotismo ingenuo. Las humillaciones infligidas por mi país me son más dolorosas que las que éste pueda sufrir.

Temo haberle molestado con una carta tan larga. No me queda más que expresarle mi más sincera admiración.

S. Weil

Mlle. Simone Weil, 3, rue Auguste-Comte, París (VIe)

P.D.: He puesto mi dirección de forma mecánica. Pues, en primer lugar, pienso que usted tendrá mejores cosas que hacer que responder cartas. Además, pasaré un mes o dos en Italia, donde una carta suya tal vez no me llegaría, quedando detenida en la frontera.